



Entre una espada y una pared

Fue casi cómico ver la rapidez con la cual Canadá –autoproclamado promotor del libre comercio y con una diplomacia global y regional etiquetada por Ottawa como progresista e independiente– se activó en una reacción pavloviana para echar a México por la borda en respuesta al triunfo electoral de Trump. Primero fue el premier conservador en Ontario quien soltó las cabras al monte y argumentó que Canadá debía salvaguardar su relación comercial con Estados Unidos marginando a México del T-MEC y regresando a un acuerdo comercial bilateral con su vecino al sur, criticando el transbordo de mercancías e insumos chinos desde nuestro país al resto del subcontinente norteamericano. La premier (también conservadora) de la provincia de Alberta se unió a su colega subrayando la necesidad de preservar la relación comercial con EU a costa de México, y acto seguido, la viceprimer ministra Freeland, quien fue la negociadora canadiense del T-MEC, dijo que compartía “graves preocupaciones” sobre los bienes chinos que ingresan a la zona norteamericana por la puerta trasera mexicana. Y a pesar de la relatoría que hizo la Presidenta de México respecto de su conversación con Trudeau en los márgenes de la Cumbre del G20, a las 24 horas el primer ministro advirtió que si bien prefería el *statu quo*, “podríamos tener que considerar otras opciones” “dependiendo de las decisiones políticas” que tome México y si su gobierno no aborda “las preocupaciones reales y genuinas sobre la inversión china en México”.

Y todo esto fue previo a que Trump amenazara con imponer aranceles de 25% a las importaciones canadienses y mexicanas si ambos socios no hacen más por detener el flujo de fentanilo y migrantes hacia las fronteras estadounidenses. Trudeau, ni tardo ni perezoso y en seguimiento al contacto directo establecido con el presidente electo a horas de la amenaza y bravata de éste –y en un marcado contraste con la estrategia epistolar pública

CARTA DESDE WASHINGTON

Arturo Sarukhan

Consultor internacional basado en Washington; diplomático de carrera y Embajador de México. Ex embajador mexicano en EEUU (2007-2013).

Opíne usted:
sarukhanassoc.com



mexicana y los dimes y diretes de lo que conversaron Sheinbaum y Trump en una llamada telefónica– se desplazó el viernes a Mar-a-Lago para cenar con el presidente electo. El mensaje canadiense a tirios y troyanos ha sido meridianamente claro: necesitamos a EU mucho más de lo que necesitamos a México.

No es la primera vez en la historia reciente de las relaciones norteamericanas que Canadá busca dejar tirado a México en la cuneta. La génesis misma de la negociación del TLCAN enmarca esta actitud dicotómica hacia nuestro país. Para cuando México y EU iniciaron en 1991 sus negociaciones comerciales, Canadá, que había firmado su propio acuerdo bilateral con EU en 1988, pensó de entrada que no tendrían por qué sumarse a una arquitectura trilateral hasta que se dieron cuenta de que el tamaño de la economía mexicana succionaría todo el oxígeno en la región; Ottawa no tuvo más remedio que subirse a una nueva negociación, ahora a tres bandas. Pero desde ese momento, quedó enquistada en la clase política canadiense, tanto en el Partido Liberal como el Conservador, la noción de que la trilateralización de la agenda norteamericana restaba a Canadá

en su relación con Washington. Los atentados terroristas de 2001 sólo ahondaron esa percepción cuando seguridad compartida y prosperidad compartida se entreveraron en las relaciones entre los tres socios comerciales, llevando incluso a un ministro de Exteriores liberal, John Manley, a quejarse del trato “mexicanizado” que EU daba a su frontera norte, y posteriormente a un primer ministro conservador, Stephen Harper, a hablar despectivamente en una de las cumbres norteamericanas de la “mexicanización” de la agenda regional por el peso que México ejercía en la Casa Blanca de Obama.

Amén de las elecciones canadienses en 2025 que muy probablemente ganarán los conservadores y que explica en buena medida el mensaje y alineamiento bipartidista en ese país en torno a China, México y la relación de Canadá con EU, hoy hay razones para que las provincias y la capital canadiense busquen desembarazarse de México. De entrada está la serie –*in crescendo*– de violaciones mexicanas al T-MEC, empezando con energía, maíz amarillo, certeza jurídica y la eliminación de reguladores y órganos autónomos en México; a ello hay que sumarle posturas y reformas en materia de minería que han afectado a muchas empresas canadienses, al nuevo brinco exponencial en el número de solicitudes de asilo de mexicanos (casi 3 mil en 2023, más que las de Afganistán, Haití, Siria o Yemen) en ese país y la creciente preocupación en Ottawa en torno a posturas mexicanas en materia de política exterior, desde el coqueteo con Rusia y el arropamiento a Cuba, Nicaragua y Venezuela a la falta de atención mexicana al tema de seguridad perimetral norteamericana. Pero la puntilla ha sido el vacío brutal generado estos últimos seis años por la diplomacia lopezobradora hacia y en Canadá; cero atención, cero banda-ancha, cero presencia y cabildeo a lo largo y ancho del país. Esos vacíos se pagan y esa factura ha llegado ahora.